

MARCEL PROUST

*El indiferente
y otros relatos*



Toda la sensibilidad de Proust en la distancia corta



EL INDIFERENTE

los **INTE
MPEST
IVOS**

MARCEL PROUST

El indiferente
y otros relatos

TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DE SILVIA ACIERNO
Y JULIO BAQUERO CRUZ



Primera edición: septiembre de 2005

Segunda edición: octubre de 2005

Tercera edición: mayo de 2009

Cuarta edición: mayo de 2016

© de la traducción y de la edición: Silvia Acierno
y Julio Baquero Cruz, 2005, 2016

© de esta edición: Editorial Funambulista, 2016
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

BIC: FC

ISBN: 978-84-93453-22-0

Depósito legal: B-7040-2009

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: James Tissot, *Colonel Burnaby* (1870)

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El indiferente
y otros relatos

El indiferente

*Sanamos del mismo modo que nos consolamos;
en nuestro corazón no hay nada que pueda
hacernos llorar y amar siempre.*

LA BRUYÈRE

CARACTERES, cap. IV, Del Corazón

I

Madeleine de Gouvres acababa de llegar al palco de la Sra. Lawrence. El general de Buivres preguntó:

—¿Qué caballeros la acompañan esta noche? ¿Avranches, Lepré?...

—Avranches sí —contestó la Sra. Lawrence—. Lepré, no me he atrevido.

Y añadió señalando a Madeleine:

—Tiene gustos tan difíciles, y como casi habría supuesto hacerle conocer a alguien nuevo...

Madeleine protestó. Había coincidido varias veces con el Sr. Lepré, le parecía encantador; un día hasta había almorzado en casa de Madeleine.

—En cualquier caso —concluyó la Sra. Lawrence— no se pierde gran cosa; Lepré es muy simpático pero no es nada del otro mundo, y desde luego no es hombre para la mujer más mimada de París. Me doy cuenta perfectamente de que las amistades que frecuenta usted hacen que sea exigente.

Lepré es muy simpático pero totalmente insignificante, ésa fue la opinión de todo el mundo. Madeleine se dio cuenta de que no era del todo la suya y se sorprendió; pero como la ausencia de Lepré tampoco la decepcionaba tanto, no llegó a preocuparse por la simpatía que sentía. En la sala las miradas se habían vuelto hacia ella; algunos amigos ya se acercaban para saludarla y agasajarla. No era nada nuevo para ella, y, sin em-

bargo, con la oscura clarividencia de un jockey durante la carrera o de un actor durante la representación, aquella noche sentía que su triunfo era más fácil y más rotundo que de costumbre. Sin una joya, con la pechera de tul amarillo cubierta de catleyas, había prendido también en su melena morena algunas catleyas que suspendían pálidas guirnaldas de luz de esa torre sombría. Fresca como sus flores y pensativa como ellas, el encanto polinesio de su peinado hacía pensar en la Mahénu de Pierre Loti y Reynaldo Hahn. En seguida la indiferencia complacida con la que observaba sus encantos de aquella noche en los ojos deslumbrados que los reflejaban con una fidelidad absoluta se entremezcló con el pesar de que Lepré no la hubiera visto así.

—Cuánto le gustan las flores —exclamó la Sra. Lawrence mirando su pechera.

Sí que le gustaban, en el sentido trivial de que sabía lo hermosas que son y lo hermosa que

la hacen a una. Le gustaba su belleza, su alegría, y también su tristeza, pero superficialmente, como una manifestación más de su belleza. Cuando ya no estaban frescas las tiraba como un vestido deslucido. De repente, durante el primer entreacto, Madeleine distinguió a Lepré en la platea, y unos instantes más tarde el general de Buivres, el duque y la duquesa de Aleriouvres se despidieron, dejándola sola con la Sra. Lawrence. Madeleine vio que Lepré hacía que le abrieran el palco.

—Sra. Lawrence —dijo—, ¿me permite que pida al Sr. Lepré que se quede aquí, visto que está solo en la platea?

—Por supuesto, y más aún porque voy a tener que irme dentro de poco, querida; recordará que me dio su permiso. Robert está algo enfermo. ¿Quiere usted que se lo diga a Lepré?

—No, prefiero hacerlo yo.

Durante el entreacto Madeleine dejó que Lepré hablara todo el rato con la Sra. Lawrence. Asomada al palco, observaba la sala y casi fingía no hacerles caso, pues estaba segura de que podría disfrutar más de su presencia luego, cuando estuviera a solas con él.

La Sra. Lawrence salió para ir a ponerse el abrigo.

—Le invito a quedarse conmigo durante este acto —dijo Madeleine con una cortesía indiferente.

—Es usted muy amable, señora, pero no puedo, tengo que irme.

—Pero voy a quedarme sola —dijo Madeleine con insistencia; y de repente, como queriendo poner en práctica de forma casi inconsciente la máxima de coquetería contenida en la famosa frase: «Si no te quiero, me quieres», se corrigió:

—No, tiene usted razón, y si le están esperando no se retrase. Adiós, caballero.

Trataba de compensar con una sonrisa afectuosa la dureza que le parecía implícita en aquella despedida. Pero dicha dureza sólo se debía al deseo violento de que no se fuera y a la amargura de su desilusión. Dirigido a cualquier otro, aquella recomendación de que se fuera habría sido amable.

La Sra. Lawrence volvió:

—Entonces se va; me quedo con usted para que no esté sola. ¿Se ha despedido afectuosamente de Lepré?

—¿Despedido?

—Creo que al final de esta semana parte para un largo viaje por Italia, Grecia y Asia menor.

Un niño que respira desde su nacimiento y que nunca se ha fijado en ello no sabe lo esencial que es para su vida el aire que llena su pecho con tanta suavidad que ni siquiera se da cuenta. ¿Y si durante un ataque de fiebre, en una con-

vulsión, se ahoga? En el esfuerzo desesperado de su ser casi se debate por vivir, por la tranquilidad perdida que sólo recobrará con el aire del que no la sabía indisociable.

Del mismo modo, sólo en el momento en que se enteró de la partida de Lepré, con la que no contaba, Madeleine se dio cuenta, al sentir todo lo que le arrancaban, de lo que había entrado en ella. Y miraba a la Sra. Lawrence con un abatimiento triste y suave sin mayor resentimiento que el que siente por el asma que no le deja respirar el pobre enfermo que se está ahogando, y que a través de los ojos llenos de lágrimas sonrío a las personas que se compadecen de él sin poderle ayudar. De repente se levantó.

—Vamos, querida amiga, no quiero que vuelva tarde por mí.

Mientras se ponía el abrigo vio a Lepré y, angustiada ante la idea de que se fuera sin volver a verle, bajó con rapidez.

—Siento que el Sr. Lepré haya podido suponer que no me agrada, sobre todo si va a marcharse.

—Pues nunca ha dicho nada de eso —replicó la Sra. Lawrence.

—Pues sí, si usted lo supone, él también lo supondrá.

—Pues no, en absoluto.

—Pues sí, se lo digo yo —contestó Madeleine con dureza. Y al llegar a la altura de Lepré:

—Señor Lepré, le espero a cenar el jueves a las ocho.

—El jueves estoy ocupado, señora.

—¿Entonces el viernes?

—También estoy ocupado.

—¿El sábado?

—De acuerdo, el sábado.

—Pero querida, se olvida usted de que el sábado tiene una cena en casa de la princesa de Avranches.

—No importa, diré que no voy.

—¡Oh! Por mí no lo haga, señora —dijo Lepré.

—Quiero hacerlo —exclamó Madeleine fuera de sí—. De ningún modo iría a casa de Fanny. Nunca tuve la intención de ir.

Ya en casa, recordó los acontecimientos de la velada mientras se desvestía poco a poco. Al llegar al momento en que Lepré se había negado a quedarse con ella durante el último acto, Madeleine se sintió humillada y se ruborizó. Después de aquello, la coquetería más elemental y la dignidad más estricta le imponían comportarse con una frialdad absoluta. ¡Y en cambio, aquella triple invitación en las escaleras! Indignada, levantó la cabeza con orgullo y se vio tan hermosa en el fondo del espejo que ya no le cupo ninguna duda de que acabaría amándola. Sólo algo inquieta y triste por su inminente partida, se imaginaba el amor que Lepré había querido

esconderle, no sabía por qué. Iba a declarárselo, tal vez con una carta, de un momento a otro, y sin duda iba a retrasar su partida, acabaría partiendo con ella... ¿Cómo? Mejor no pensar en ello. Pero veía su hermoso rostro enamorado acercándose al suyo, pidiéndole perdón. «¡Malo!», le decía. Pero también era posible que aún no la amara; que se fuera sin haber tenido tiempo para enamorarse de ella... Triste, inclinó la cabeza, y su mirada fue a parar a la mirada aún más languideciente de las flores marchitas de su pechera que bajo sus párpados mustios parecían estar a punto de llorar. La idea de lo poco que había durado su sueño sin tener conciencia de serlo, de lo poco que duraría su felicidad si alguna vez llegaba a realizarse, se asoció en su mente a la tristeza de aquellas flores que, antes de morir, languidecían sobre el corazón que habían sentido latir a causa de su primer amor, su primera humillación y su primera tristeza.

Al día siguiente no quiso otras en su cuarto generalmente repleto y brillante del esplendor de las rosas recién cortadas.

Cuando la Sra. Lawrence llegó a su casa, se detuvo ante los jarrones en los que las catlejas se estaban muriendo, despojadas de belleza, por unos ojos sin amor.

—¿Cómo es posible, querida, con lo mucho que le gustan las flores?

«Me parece que sólo han empezado a gustarme hoy», iba a responder Madeleine, pero se calló por la molestia de tener que dar explicaciones y porque sentía que hay realidades que no pueden comprender los que no las sienten ya en su interior.

Se contentó con sonreír amablemente al reproche. La sensación de que todos, y tal vez el mismo Lepré, ignoraban esta nueva vida, daba a su orgullo una satisfacción insólita y triste. Le trajeron las cartas; tuvo un ademán de decepción

al no encontrar una de Lepré. Calculando entonces la distancia entre lo absurdo de su decepción, cuando Lepré no había alimentado su esperanza ni lo más mínimo, y la intensidad muy real y muy cruel de esa decepción, comprendió que ya no vivía únicamente de la vida de los acontecimientos y los hechos. El velo de las mentiras empezaba a desplegarse ante sus ojos y era imposible prever cuánto podía durar así. Ya sólo vería las cosas a través de ese velo, y sobre todo, tal vez, las que habría querido conocer y vivir de la forma más auténtica y parecida al modo en que las vivía Lepré, las que tenían que ver con él.

Sin embargo le quedaba una esperanza de que hubiera mentido, de que su indiferencia fuera fingida: por la opinión unánime sabía que era una de las mujeres más hermosas de París, que la reputación de ser inteligente, brillante y elegante, y su gran posición social hacían aún más atractiva su belleza. Por otra parte, a Lepré

se le consideraba un hombre inteligente, artista, muy amable, muy buen hijo, pero poco solicitado, y nunca había tenido éxito con las mujeres; la atención que le dedicaba debía de parecerle algo inverosímil e inesperado. Madeleine se sorprendía y esperaba...

II

Aunque había bastado un instante para que subordinara a Lepré todos los intereses y todos los afectos de su vida, Madeleine no dejaba de pensar, y su juicio se veía reforzado por el juicio de todos, que, sin ser antipático, Lepré valía menos que los hombres brillantes que habían consolado su viudedad viniéndola a ver varias veces al día durante los cuatro años que habían pasado